

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA *(Domingo de la Divina Misericordia)*

La Pascua es un tiempo de resurrección, pero para quienes crecimos en hogares disfuncionales o inciertos, la nueva vida rara vez comienza de manera serena. Mas bien, comienza en momentos de conciencia, cuando reconocemos patrones que no elegimos, pero que hemos llevado durante años. Muchos de nosotros aprendimos a protegernos alejándonos, controlando, complaciendo a los demás o manteniéndonos en alerta constante. Estas respuestas nos ayudaron a sobrevivir, pero pueden seguir moldeando nuestras vidas de formas que nos mantienen atrapados. Incluso al comenzar nuestra recuperación, puede ser que aún llevemos dentro de nosotros una pregunta que mantenemos en silencio: ¿puede la misericordia llegar realmente a esas profundas partes de mí? El Domingo de la Divina Misericordia responde a esa duda por medio de la presencia del Cristo Resucitado.

El Evangelio de este domingo nos transporta a una sala cerrada donde los discípulos están reunidos sintiendo miedo. Jesús no se espera a que ellos se sientan a salvo y seguros. Él llega a ese espacio y les da paz (Juan 20:19-23):

Se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes.” Dicho esto, les mostró las manos y el costado. De nuevo les dijo Jesús: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo.” Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados.”

Para muchos hijos adultos, las “salas cerradas” pueden representar los espacios emocionales que aprendimos a proteger. Puede ser que tengamos dificultad para confiar en los demás, expresar nuestras necesidades o creer que estamos a salvo. Jesús entra en estos espacios, no con fuerza, sino con paz. No obliga al cambio. Ofrece presencia.

Las heridas que Jesús muestra no están ocultas ni se niegan. Se transforman. De manera similar, la recuperación nos invita a reconocer el impacto de nuestro pasado, sin que este nos defina. Las conductas que desarrollamos muchas veces fueron necesarias en algún momento, pero puede ser que ya no nos sean útiles. La sanación empieza cuando somos conscientes y compasivos con esos patrones.

El Primer Paso nos llama a admitir que somos impotentes ante el pasado y ante la manera en que sigue influyéndonos. Esto no se trata de culpar. Se refiere a la honestidad. A medida que soltamos la necesidad de controlar todo lo que nos rodea, empezamos a abrirnos a la gracia de Dios.

El mensaje de la Divina Misericordia nos recuerda que nuestra identidad no está cimentada en nuestras experiencias pasadas, sino en el amor que Dios tiene por nosotros. La oración “Jesús, en Ti confío” puede resultar extraña, si la confianza fue algo difícil de aprender durante nuestro crecimiento. Sin embargo, con el paso del tiempo, a medida que practicamos regresar a Dios y cultivar relaciones seguras, la confianza comienza a crecer.

La historia del apóstol Tomás nos puede resonar de manera profunda. Puede ser que nos cueste creer que el cambio es posible o que seamos dignos de amor y de estabilidad. Sin embargo, Jesús encuentra a Tomás en medio de su duda y le llama a acercarse. No le culpa por requerir certeza.

La recuperación también nos muestra que nuestra sanación puede convertirse en un don para los demás. A medida que crecemos en tener conciencia, poner límites y tener compasión de nosotros, estamos más presentes y cimentados en nuestras relaciones. Nuestra experiencia puede ayudar a otros a sentirse menos solos en su propio camino.

El Domingo de la Divina Misericordia nos recuerda que ninguna parte de nuestra historia está fuera del alcance de la redención. El mismo Jesús que entró en una sala cerrada, entra a los lugares protegidos en nuestros corazones. Trae paz, ofrece misericordia y llama a confiar. A medida que seguimos en la recuperación, estamos aprendiendo a vivir como hijos amados de Dios, caminando en la luz, un día a la vez.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

■ ¿Cuándo notas todavía que te estás alejando o protegiendo de maneras que antes sentías como necesarias?

■ ¿Cómo percibes ahora mismo el permitir que Dios entre en esas “salas cerradas”?

■ ¿Cómo te está ayudando tu sanación a estar presente en tus relaciones de una forma diferente?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 2:42-47

SAL. RESP. Salmo 118:2-4, 13-15, 22-24

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 1:3-9

EVANGELIO Juan 20:19-31